

La correo del azar

LECTURAS NO OBLIGATORIAS

Wisława Szymborska

Traducción de Manuel Bellmunt

Barcelona, Alfabia

2009

La poesía de la Premio Nobel de Literatura 1996 tiene ingredientes conocidos, entre los que se encuentran la contención, la ironía, la elegancia y una capacidad de asombro tan grande como su potencial para la compasión. Menos sabido hasta ahora era que la poetisa polaca llevaba más de cuarenta años reseñando libros raros en una columna periódica titulada *Lektury nadobowiazkowe*: esas “lecturas no obligatorias” que componen este libro, y que resultan de obligada lectura para quienes deseen conocer algo me-

jor el mundo propio de Wisława Szymborska y también el que compartimos con ella.

Más que reseñas críticas, como ella misma advierte, estos más de cien textos son pequeños epílogos o reflexiones suscitadas por la lectura de otros tantos libros de no-ficción, entre los que se encuentran ensayos, historia, biografías, ciencia popular, manuales de hágalo usted mismo, autoayuda,... un variadísimo catálogo de lecturas. La selección nos muestra a Szymborska como una autora especialmente filosófica, no porque le dé por hacer teoría, sino por su uso omnímodo de las ciencias y las artes para poner de relieve “la inmortal obstinación de lo diverso”, como diría Tomás Segovia. De hecho, la autora desconfía en general de las abstracciones y prefiere ir a las cosas mismas; hablando de la interpretación marxista de un cuadro de Vermeer, comenta que “nos parecerá sen-

sata siempre y cuando no miremos al cuadro” (p. 41), y cuando otro libro no le agrada se limita a agradecer al autor “la ilusoria, aunque agradable, impresión de que en Polonia no hay escasez de papel” (110).

Hay una cierta humildad en estas prosas, tanto por la elección de temas (sólo aparentemente insignificantes) como por su renuencia a efectuar un juicio final sobre ellos. No es desapego ni renuncia al rigor, sino esa humildad que a veces se encuentra en los grandes artistas que, por lo mucho que saben, reconocen también todo lo que se les escapa. Así, no le importa reconocer que, tras leer sobre la evolución de los organismos unicelulares a los pluricelulares, no tiene ni idea de “por qué sucedió así y no de otra manera”, y que “todos esos que lo saben, en realidad no lo saben tampoco” (118). Siempre le ha fascinado el azar, hacia el que siente gratitud; al fin y al cabo, todo cuanto “se ha conservado se lo debemos a su generosidad (169-170).

Esa humildad también se manifiesta en su irritación para con los que se empeñan en designar a la poesía como algo sublime, “como si esta albergase aún secretos absolutamente inalcanzables para los otros géneros” (122). Szymborska ve con buenos ojos la “seriedad innata” de los acontecimientos naturales (190) y por ello en arte

opta por la medida, por no decir demasiado, porque “el problema de la expresividad es que si te entregas a ella con excesivo entusiasmo es muy difícil parar” (178). Por el contrario, en el teorema de Pitágoras encuentra “esa capacidad de revelar que es propia de la gran poesía, una forma que se reduce magistralmente a las palabras más necesarias” (194).

Como nos recuerda el traductor en su introducción, el de Wislawa Szymborska es un humanismo no antropocéntrico; su compasión no es ñoña ni sentimental. Szymborska detesta los muñecos de cera pero se encuentra a gusto con las momias de cualquier museo; observándolas “con atención, sin repugnancia ni pánico” encuentra en ellas algo “hermoso de una manera provocadora y patética” (170). Pues sólo al mirar las cosas con esa misericordiosa atención es posible verlas sin clichés ni prejuicios.

Finalmente, y en consonancia con toda la obra que conozco de esta autora, el libro es una defensa de la lectura, del placer de la lectura, y también de la lectora: como recuerda el traductor en la introducción, Szymborska “trata de tender un puente entre el autor y el lector”, puente éste que a menudo parece poco transitado por la poesía contemporánea española (con notables y loables excepciones, como la de Enrique García-Máiquez). Wis-

lawa Szymborska lee porque, desde pequeña, le produce placer “acumular saberes innecesarios” (46). Este hedonismo alimenta tanto su poesía como estos otros textos, nacidos por la curiosidad y el azar. Pues, como dijo en la ceremonia de entrega del Nobel, “el poeta, si es poeta de verdad, siempre tiene que repetirse *no sé*.”

Antonio Casado da Rocha

Entre las brumas

LAS HUELLAS ERRADAS

Eduardo Iriarte

III Premio Logroño de Novela
Editorial Algaida, Sevilla, 2010
255 pgs.

Eduardo Iriarte ganó con *Las huellas erradas* el premio Logroño de novela 2009. Más que merecidamente, con toda seguridad. Se trata de un texto maduro, exacto en la elección de las secuencias así como en la de un léxico muy ajustado al ambiente rural en que transcurre la acción. Pero lo más destacable es la atmósfera en que bañan los personajes tanto interior como exteriormente. Se trata de un aire en el

que parecen haber desaparecido el tiempo y el espacio. Y casi la individualidad. Hay dos novelas, por lo menos, en las que se utiliza de manera muy inteligente la borrosidad física, ambiental. Una es *El fuego* (1916), de Barbusse, y la otra, *Blancos y Negros* (1899), de Arturo Campión.

En la primera el autor francés organiza un episodio en torno al barro. Sucede durante uno de los infinitos días de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Lleva un montón de tiempo lloviendo y todo se vuelve gris, las trincheras, la tierra de nadie y, sobre todo, los uniformes. De pronto nadie sabe a qué bando pertenece, el barro unifica a los contendientes impidiendo que disparen no vayan a hacerlo entre sí.

En la novela de Campión, la lluvia y la niebla se enseñorean del pueblón de Urgain: “Llueve, llueve, llueve. Quince días de lluvia incesante, inagotable, irrestañable (...). El paisaje, materialmente diluido en la acuosa atmósfera lograba, a duras penas, salvar de aquel emborronamiento algunos rasgos”. El párrafo citado se encuentra en el comienzo de la novela. Campión quiere que al borrarse todo, el paisaje, las calles, se borren también las diferencias entre blancos y negros, es decir, entre los contendientes que acaban de enfrentarse en la segunda guerra carlista. Y todo para que parezca que hay paz y puedan aflorar